



## FUTURO SOMBRIO

Nuestra Patria, —bendecida tan generosamente por Dios con riquezas naturales—, ha venido quedando defraudada en la parte que quedaba por hacer a la libre voluntad de los hombres, para así completar la obra admirable de Dios.

El cultivo de una tierra que aún que está virgen en dilatadísimas extensiones, y la explotación de incalculables tesoros del subsuelo, eran los medios que inmediatamente habrían de servir para proporcionar a los venezolanos vida próspera, estable y digna. Y por esto había lugar a una bien fundada esperanza de que la población nuestra iría gradualmente desarrollándose y aumentándose en un plano de normalidad familiar y social, y que prevaleciese el carácter moral y tradicionalmente cristiano de nuestros antepasados.

Pero todo esto que hubiera sido una realidad perfectamente asequible, —y no mero fruto de imaginaciones idealistas—, todo esto ha venido a quedar convertido, al correr de los años, en uno de los más sombríos y desesperanzadores cuadros sociales que pueden presentarse en el continente suramericano.

Nuestro país, riquísimo en recursos naturales, y por eso buscado y codiciado por gentes extranjeras, es a la hora presente un país pobrísimo en elemento humano. Y esa pobreza no la consideramos precisamente desde el punto de vista numérico. Sino que nos fijamos en algo mucho más trascendental: en la clase de población vernácula que nació en nuestros campos y ciudades.

Hace pocos meses apareció el último Anuario oficial de estadística, que edita el Ministerio de Fomento. Los datos son correspondientes al año 1948.

Quien recorra las cifras de la sección de estadística vital referentes a la natalidad, no podrá menos de experimentar una profunda preocupación respecto del futuro de nuestra Patria. Es un futuro forzosamente sombrío. Porque esas estadísticas, —con todo y ser necesariamente incompletas—, siguen dándonos el mismo doloroso porcentaje de hace ya muchos años respecto a la filiación de los niños nacidos. Llega a casi un 60% el promedio para toda la República de nacimientos de hijos ilegítimos. En cifras concretas, hubo en ese año 1948: 108.566 nacimientos ilegítimos, contra solamente 75.204 legítimos.

O sea: que más de la mitad de la población nueva, joven, que viene a engrosar el cauce de la vida humana de nuestra Patria, es población nacida al acaso, irresponsablemente de parte de quienes la engendraron.

Ese aterrador dato nos indica que más de la mitad de los futuros hombres y mujeres de Venezuela, —salvo unos pocos de esos ilegítimos que podrán correr con alguna mejor suerte—, han nacido fuera de hogar, desamparados, en condiciones familiares, sociales y económicas nulas o las más propias para que el futuro de esos infelices niños vaya a perderse en las encrucijadas no sólo del dolor, del hambre y del abandono, sino además en las del robo, del crimen y de todas las desdichas morales y humanas.

O en otros términos: que la mitad de la población nueva, que cada año nace, es población no sólo perdida para la edificación del cuerpo social y de la Patria, sino que será también peligro y rémora para la buena marcha de la vida nacional y causa de preocupaciones y gastos por parte del Estado.

Y entre tanto, nuestra tierra y nuestras riquezas, y aun la simple y común mano de obra de las más diversas artesanías, van pasando rápidamente a ser trabajo y explotación de brazos extranjeros.

Mientras crece el número de esos extranjeros que honesta y competentemente se ganan un salario, vemos que un crecido sector de nuestra población nativa, de hijos de esta tierra bendecida, van a engrosar con sus nombres el fichero de la Investigación Nacional, y a vivir del presupuesto público como reclusos de las colonias penales; y si son menores de edad, a dar ocasión con su conducta precozmente malhechora y viciosa, para que se siga preguntando por todo el mundo, como quien acierta en la clave del problema: ¿y el Consejo Venezolano del Niño, qué hace?

No es la Investigación Nacional, ni son los correccionales, ni el Consejo Venezolano del Niño, los llamados a curar el mal. Estos institutos son sólo una medida necesaria, pero de segundo orden para lograr detener parcialmente los efectos del mal en el individuo y en la sociedad.

Paradójico sería asignar presupuesto y organizar entidades que se dedicaran a poner coto a un mal ya en marcha, y creer que con solo eso ya basta. Error crasísimo es el pensar únicamente en las medidas coercitivas o de remedio posterior al daño ya causado. Y en ese error han solido caer, con frecuencia, artículos y editoriales de prensa, en los que con buen juicio e intención se señala el mal, pero al indicar la necesidad de su remedio sólo se da importancia a esas medidas de orden secundario.

El remedio hay que ponerlo en la raíz misma del mal. Lo que hay que sanear es la conciencia irresponsable de quienes en nada aprecian la vida de un ser humano que han engendrado y dejan en el abandono. Hay que educar moral y cristianamente a los hombres y mujeres del mañana, para que sepan respetar y usar noblemente los poderes vitales que Dios les ha otorgado, y engendrar hijos en el seno de la familia debidamente constituida, y que esos hijos sean un día útiles a la Patria, y no más bien su ruina y su vergüenza.

Es labor patriótica y urgentísima de todo venezolano la de esforzarse por estimar el concepto de familia, dignificarlo en la práctica, y profesar un respeto sincero y convencido al prójimo. Sólo así se irá extinguiendo la fuente malsana que anualmente llena al país de hijos de nadie.

En ello descansa el futuro de la Patria... que hoy surge tan sombrío!

P. P. B.